

COMENTARIO—El Espíritu Santo anima y defiende la comunidad cristiana

Las primeras comunidades cristianas se extendieron rápidamente por Asia Menor (actual Turquía), donde había poderosas ciudades paganas de cultura griega: Antioquía, Éfeso, Esmirna, Sardes... Algunas de estas urbes contaban con 200.000 habitantes y gozaban de gran potencial económico y cultural. Los primeros cristianos formaban un grupo insignificante en medio de aquellas ciudades y necesitaron valentía para anunciar el mensaje de Jesús.

Encontraban fuerza y coraje en la presencia de Jesús Resucitado en medio de ellos. Para ellos esta fuerza era el Espíritu de Dios al que llamaron «paráclito»; palabra griega que significa: el que ayuda, el que defiende e intercede. Gracias a la fuerza del Espíritu se atrevieron a proclamar el Evangelio en aquel mundo tan poderoso. Se sentían tan «defendidos» y apoyados que al Espíritu Santo le denominaron «Defensor». El Espíritu Santo era también el Maestro que les recordaba las enseñanzas recibidas de Jesús y les daba ánimos para seguir el camino de la fe.

SABÍAS QUE...

Mandamientos

Los mandamientos de la Ley de Dios eran un problema para los judíos contemporáneos de Jesús. Un creyente debía cumplir ¡613 mandamientos! Por este motivo preguntan a Jesús cuál es el más importante. Y Jesús los resume de forma radical: amar a Dios y amar al prójimo.

Una maraña de preceptos

A los mandamientos que aparecen en la Biblia, los fariseos habían añadido otros de tradición oral. Total: 365 mandamientos positivos, uno por cada día del año. Y 248 prohibiciones, una por cada parte del cuerpo, según la anatomía judía.

ORACIÓN

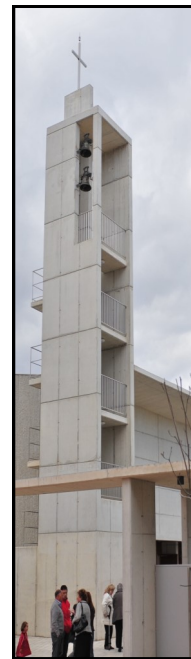
Dichosas las manos prestadas a Dios para cuidar la vida.

Dichosas las manos extendidas al pobre; manos que enjugan las lágrimas, manos que protegen y acarician.

Dichosas las manos que sostienen al que cae, que curan con cuidado las heridas, que lavan los pies de los hermanos, que estrechan otras manos amigas.

Dichosas las manos abiertas en gesto de paz. Manos que rompen las armas, que borran fronteras, que construyen solidaridad.

Manos nuestras, manos de Dios.



COMUNIDAD DE SANTA CLARA SANTA KLARA KOMUNITATEA

Lectura del santo evangelio según san JUAN 14,15-21

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos:

—Si me amáis, guardaréis mis mandamientos. Yo le pediré al Padre que os dé otro defensor que esté siempre con vosotros, el Espíritu de la verdad. El mundo no puede recibirlo porque no lo ve ni lo conoce; vosotros, en cambio, lo conocéis porque vive con vosotros y está con vosotros.

No os dejaré desamparados, volveré. Dentro de poco el mundo no me verá, pero vosotros me veréis, y viviréis, porque yo sigo viviendo. Entonces sabréis que yo estoy con mi Padre, vosotros conmigo y yo con vosotros. El que acepta mis mandamientos y los guarda, ese me ama; al que me ama, lo amaré mi Padre, y yo también lo amaré y me revelaré a él.

Palabra del Señor



El espíritu de Jesucristo es verdad porque se expresa en la vida de todos los días, o lo que es lo mismo, en el camino que la historia nos adjudica a cada uno de nosotros. En elegir cómo vivir cada uno de esos días está la libertad.

Te damos gracias, Padre, porque no estamos solos en la vida. Jesús nos prometió la eterna compañía de Espíritu de amor. Que ese amor se haga realidad concreta en los pequeños o grandes momentos de nuestra vida, hoy y siempre.

REFLEXIÓN

Nos encontramos en el Cenáculo

Hoy el Evangelio no es una parábola, ni la narración de un milagro. Escuchamos solo al Señor hablando. Sus destinatarios no es la multitud en general, ni los fariseos que deseaban prenderlo (algunos de ellos). Por eso es importante que conozcamos siempre el contexto del relato que acabamos de escuchar. Hoy nos encontramos en el Cenáculo, es la noche de Jueves Santo y Jesús está dirigiendo un largo discurso de despedida a los suyos. Judas, el traidor ya ha abandonado la sala. Ahora Jesús se dirige en profunda intimidad a sus amigos, a sus más estrechos colaboradores. Ellos iban a ser sus sucesores, por eso es tan importante prestar atención a estas palabras de Jesús.

Los mandamientos

Para nosotros oír hablar de «mandamientos» nos puede evocar la ley, la obligación, nuestra libertad coartada... No, hay que cambiar el registro. Para el Señor los mandamientos solo buscan que el hombre viva y sea feliz. Los mandamientos encarnan los valores que Jesús vivió y enseñó. Por eso guardarlos y cumplirlos es evocar y hacer presente a Jesús. Nadie nos obliga a cumplirlos. Solo por amor a Jesús estamos llamados a observarlos. Cumplirlos es amar a Jesús. Es una ley que libera, no que oprime.

El Paráclito, el Espíritu Santo

Sí, Jesús se va. Pero no nos quiere dejar huérfanos, ni solos. La soledad, a veces, se convierte en otro de los males de nuestro tiempo. Incluso personas de fe te dicen que se sienten solas. Que trabajan en la parroquia, pero que a veces se sienten solas. Jesús no nos lo dio todo para luego abandonarnos. Prometió a los suyos su presencia a través del Paráclito, así lo llama el evangelista Juan. «Paráclito» quiere decir «intercesor», «abogado», sí, es el Espíritu Santo. En este tramo del camino, mientras esperamos un regreso definitivo del Señor, contamos con su presencia a través del Espíritu Santo: fuerza de Dios que consuela, conforta, anima, restituye lo caído, infunde esperanza y nos hace vivo y presente a Jesús



Cuestión de amor

Sí, en el fondo es una cuestión de amor. Si nos vamos a esforzar en cumplir los mandamientos es porque amamos a Dios. Si creemos en el Espíritu Santo y acudimos a Él como la presencia de Jesús hoy es porque amamos al Señor y lo necesitamos hoy presente en nuestras vidas. Necesitamos a Jesús no en los libros, sino en nuestra vida, en nuestro corazón. Podemos decirle que le amamos con nuestras obras, y que creemos en Él y esperamos en Él invocando su Espíritu.

PARA REFLEXIONAR

Hoy Señor nos hablas de mandamientos, de amor, de tu Espíritu, de la esperanza y la alegría. Realidades y valores hermosos.

Pero hoy nuestra primera oración queremos dirigirla para las personas que carecen de todo eso. Sí, para los que han arrojado ya la toalla o están a punto de hacerlo.

Te pedimos, con cariño, por todos los que se sienten en la orilla del camino. Sin esperanza, sin alegría, sin amor o sin capacidad de sentirlo. Y también por todas aquellas personas que, por su estado, se sienten incapaces de recibir el amor y la ayuda de los demás.

Ojalá que pudiéramos ser «enfermeros del Espíritu» y pudiéramos repartir esperanza y alegría a manos llenas. Ojalá que pudiéramos ayudar a cicatrizar y sanar tantas heridas que algunas personas llevan consigo y les impiden ser felices.

Y sí, claro que sí, pedirte y darte también las gracias Señor. Gracias por habernos creado con la capacidad de amar y de sentirnos amados. Sin amor esta vida no tendría sentido. Solo por amor merece la pena vivir. Gracias por amarnos. Gracias por enseñarnos a amar.

Gracias Señor.